**Domingo 2º de Cuaresma Ciclo C (17.03.2019): Lucas 9,28b-36**

**¿Quién es Jesús? El hijo de la voz.** Lo escucho y lo escribo CONTIGO

Segundo domingo de la Cuaresma en la programación litúrgica de la iglesia católica y vaticana. Creo que en este segundo domingo cuaresmal siempre se nos lee el relato de ‘la transfiguración de Jesús’. Al estar este año en el Ciclo C, el Evangelista de la transfiguración será Lucas. El domingo pasado leímos en el capítulo cuarto las tentaciones. Ahora saltamos al capítulo noveno. Y sin más ni más escuchamos con cierta sorpresa **Lucas 9,28b-36.**

Al parecer, la primera parte de ese versículo 28 no conviene leerla. Está bien claro. Ahí dice el Evangelista cosas que sitúan al lector en un contexto muy preciso: *“Unos ocho días después de estas palabras”.* Si no se toma la Biblia y se la abre en esta precisa página del testamento nuevo y del Evangelio de Lucas, no se enterará uno de que estas palabras las dice Jesús a todos cuantos le acompañan (Lc 9,21-27) y a quienes manda enérgicamente que no digan a nadie que él era el Cristo de Dios, como le acababa de proclamar Pedro.

Este Jesús de Lucas no es el cristo-mesías de Yavé el Dios de Israel. Este pueblo esperaba la presencia de un salvador-liberador de toda esclavitud deshumanizadora, como sucedió con Moisés cuando los tiempos de la opresión en Egipto. Ahora, en el siglo primero, el opresor parece llamarse Roma.

¿Quién dice la gente que es Jesús de Nazaret? ¿Quién es Jesús de Nazaret para cuantos le acompañan? ¿Quién es Jesús de Nazaret para ti y para mí? Este es el contexto en el que debe situarse la narración de la transfiguración.

¿Quién es Jesús?, me lo pregunto... Y estoy escuchando a Simeón, el anciano del templo (Lc 2,29-35) y al propio Jesús con sus doce años también en el templo (2,46-50) y al diablo de las tentaciones (4,1-13) y a sus paisanos de Nazaret en la sinagoga (4,22) y a los fariseos y escribas que vieron de pie al paralítico (5,21-26) y a los comensales de la casa del fariseo y de la mujer pecadora (8,36-50) y a sus discípulos muertos de miedo en la barca (8,22-25). ¿Quién es éste?

¿Es Moisés, el de la Ley? ¿Es Elías, el profeta? Es... **Jesús de Nazaret es ‘el hijo de la voz’**. Así nos lo dejó contado este mismo Lucas en el Bautismo: *“Vino una voz del cielo”* (3,21-22). De ese ‘cielo’ que, curiosamente, estuvo cerrado y se había abierto. Una segunda vez, la voz se deja oír en la transfiguración para identificar y señalar quién es su hijo: *“Vino una voz desde la nube”* (9,35). Y, ¿desde dónde llama esa ‘voz’? Desde dentro. Siempre desde dentro (Lc 17,21).

En el monte de la transfiguración **‘el hijo de la voz’** habla con quienes están junto a él, por un lado sus tres acompañantes: Pedro (siempre el de la cabeza dura) y los dos hermanos del fundamentalismo del Trueno Zebedeo, Santiago y Juan. Este trío siempre deseó participar en la instauración de un Reino de Israel independiente de todo y de todos. Por otro lado, los que hablan con Jesús son Moisés y Elías: *“Hablaban de su partida, que iba a suceder en Jerusalén”* (9,30-31). En realidad, cuando Lucas escribe de esto, ya ha sucedido todo ello. Ya no estaba su Jesús de Nazaret en otro sitio que no fueran sus adentros. Su Jesús vivía dentro de él, resucitado y no necesitaba hacerlo rey, ni mesías, ni señor, ni dios... Escogió hacerlo humano.

**Domingo 16º de Mateo (17.03.2019): Mateo 10,1-42**

***“Todo cuanto deseas que te hagan, házselo a los demás”* (Mateo 7,12)**

Antes de sumergirme en el capítulo décimo de este Evangelio de Mateo, debo confesar una inquietud: No sé dónde colocar con precisión los tres últimos versículos del capítulo noveno (9,36-38). Este breve mensaje es como un gozne que abraza y une lo anterior con lo siguiente. Parece muy sencillo pero..., ¿qué es lo anterior? ¿Y lo siguiente?

‘Lo anterior’ que nos ha contado el Evangelista ha sido el conjunto de los ‘dichos y hechos’ de su Jesús de Nazaret a lo largo de su vida y de su misión evangelizadora (4,23 hasta 9,35). Y ‘lo siguiente’ que nos contará Mateo será, me atrevo a interpretarlo así: Los ‘dichos y hechos’ de los seguidores de este hombre laico y galileo (10,1-42).

Según el parecer de este Evangelista, es muy urgente ‘decir y hacer’, son inaplazables tales ‘dichos y hechos’: *“Al ver a la gente sintió compasión, porque estaban vejados y abatidos, cansados y desorientados, esclavizados y deshumanizados, derrengados y deprimidos... Eran como ovejas que no tienen pastor...”* (9,36-38). Ante tanta ruina humana

Creo que estas parecen ser las razones profundas del narrador Mateo para hablarnos de su Jesús de Nazaret que nos invita a ser como él. Y es aquí, precisamente, donde echa a andar el proyecto de una nueva manera de ser pueblo. Atrás debe de quedar el viejo Israel de las doce tribus de la Ley y de sus Profetas. Este es el momento de llamar a cada uno a ser otro Jesús.

¿Por qué se habrán empeñando tantos y tantos en interpretar que estos doce son sólo los del sacerdocio eclesiástico y vaticano, cálibes y varones, y sólo y siempre clérigos? De todo esto, nada pone en boca de su Jesús el Evangelista Mateo. Los doce somos todos, hombres y mujeres, que le llevamos dentro como el tesoro escondido del que se hablará más adelante.

En este punto le pareció oportuno al Evangelista situar el segundo discurso de su Jesús que comienza en 10,5 y acabará con el final del capítulo décimo: *“Cuando Jesús acabó de hablar a sus doce discípulos se fue a...”* (11,1). Cada traductor o editor de la biblia titula a su manera este discurso de las orientaciones o instrucciones de los evangelizadores del evangelizador Jesús: ‘Proclamación del Reino cercano’, leo en una, ‘Discurso apostólico’, ‘La misión’, en otras.

No puedo dejar de subrayar algunas afirmaciones que me sorprenden en este discurso del evangelizador Jesús. Lo primero que leo es esto: *“No vayáis por caminos de tierras paganas ni entréis en ciudades de Samaría”* (10,5). Tan clara es esta invitación como la contraria, que se pone también en boca del propio Jesús en el final del este Evangelio: *“Id y haced discípulos a todas las gentes”* (28,19). Nunca sabré interpretar bien una contradicción tan manifiesta.

Me emociona constar que ‘evangelizar’, como evangelizaba este Jesús del Evangelista Mateo, no es nada complicado. Al contrario, es tan sencillo como compartir un vaso de agua fresca con quien lo desea o necesita (10,42). Tan elemental es el sentido de la vida y de la convivencia entre los humanos. Este final del discurso me recuerda muy explícitamente la síntesis del primer discurso que decía, lo repetiré, así: **Cuanto deseas que te hagan, házselo a...** (Mt 7,12).